

# **El estado del mundo y el segundo periodo de George W. Bush**

*José Luis Valdés Ugalde\**

## **América sin límites**

En los últimos 70 años, el mundo se ha convertido en un sitio cada vez más peligroso e inseguro, particularmente en las últimas dos décadas, después del fin de la guerra fría. Ciertamente, la paz del mundo, la paz perpetua, como pedía Kant, no es garantía civilizatoria. Por el contrario, es la guerra, de nueva cuenta, la que impone críticamente el patrón del mundo en transformación. Ya como arte y continuación de la política o como forma de anular y vulgarizar, sin anunciar el nombre del juego, al otro, la guerra sigue presente en la orilla primigenia misma desde la cual el ser humano hace historia. La filosofía política con que da comienzo la era moderna, el pensamiento de Maquiavelo y Hobbes, se concentra en la posibilidad constante de la violencia que amenaza la vida de las comunidades humanas.

Desde esta perspectiva es pertinente decir que el estado de caos que ha llevado a diferentes estados de guerra en la era

---

\*El autor agradece el apoyo de Adrián Villanueva Delgado, asistente de investigación en el Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN), de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

moderna entra en contradicción con las transformaciones democráticas. La guerra es hoy, más que nunca, la principal enemiga de la democracia en el mundo y de los intereses de la sociedad civil y de la integridad del consenso democrático que es su espacio de cohesión fundamental.<sup>1</sup> En tiempos recientes, una evidencia de la articulación que puede desarrollarse entre el mesianismo y el uso de la fuerza se encuentra en la siguiente declaración singular de Madeleine Albright, secretaria de Estado de William Clinton: “Si tenemos que usar la fuerza es porque *somos América*. Somos la nación indispensable. Nos levantamos muy alto. Vemos mucho más lejos en el futuro”.<sup>2</sup>

Cioran postuló: “En cuanto nos rehusamos a admitir el carácter intercambiable de las ideas, la sangre corre”. Y vaya que hoy corre. Pero hay algo más trascendente que agregar a la existencia misma del desorden mundial incontrolado, el cual existe, bien por la conveniencia funcional de grandes potencias como Estados Unidos, bien por la incompetencia manifiesta de éstas. La pregunta obligada es si actualmente, en la agenda de la aldea global, no estará incluida la guerra como parte del arreglo democrático moderno: se trata de dilucidar hasta dónde la guerra es parte ya de un consenso social y político, una precondition para el debate y el desarreglo, desde el que se explican y expresan las carencias sociales que viven las poblaciones en varios frentes sociales e incluso emocionales. En este sentido pareciera que en el marco de los estándares de vida que ofrece el mundo moderno actual, en unos casos más satisfactorios que en otros, son el poder y la fuerza, su detentación, así como su esté-

---

<sup>1</sup> Una profundización mayor sobre esta idea se puede encontrar en Michael Hardt y Antonio Negri, *Multitude. War and Democracy in the Age of Empire*, Nueva York, The Penguin Press, 2004.

<sup>2</sup> Véase José Luis Valdés Ugalde, *Estados Unidos: intervención y poder mesiánico. La guerra fría en Guatemala, 1954*, México, CISAN-IIIJ, 2004, nota al pie, núm. 257, p. 111.

tica militar, lo que atrae fuertemente a la clientela de distintas nacionalidades y culturas, aunque en forma más importante a la estadounidense.

Estados Unidos no es el mismo país del fin de la segunda guerra mundial. Se trata de una nación con un gran poder de dominio en la escena internacional, pero, hoy por hoy, un poder más solo que nunca y con una legitimidad cada vez más fracturada, cuestión por demás inquietante ante la perspectiva de continuidad que es de esperarse en esta actuación. Con el paso del tiempo, a medida que Estados Unidos reforzó su posicionamiento en el teatro internacional, así como aumentó el ejercicio de sus capacidades, también se le complicó hacerlo con plena legitimidad: llegó al punto en que se convirtió en este nuevo siglo en “un poder duro”, es decir, un poder que se vale de la coerción, sobre todo militar, para “convencer” a sus sinodales; una fase en la cual le está costando trabajo armonizar con sus pares, destacadamente la Unión Europea, en el seno de los organismos multilaterales.<sup>3</sup>

Estados Unidos ha sido históricamente una nación acostumbrada a granjearse inmensos beneficios con una enorme facilidad y a la vez convertirse “en un mundo para sí mismo”.<sup>4</sup> Con relación a sus avances políticos, ya lo dijo Alexis de Tocqueville, “la gran ventaja de los americanos es que han alcanzado un estado de democracia sin haber tenido que pasar por una revolución democrática, y han nacido iguales en lugar de llegar a serlo”.<sup>5</sup> Por su parte, el geopolítico Colin S. Gray preguntaba: “¿Tuvo Estados Unidos éxito al restaurar y construir su Estado-nación porque era virtuoso, o porque tuvo canadienses y

---

<sup>3</sup> El debate sobre el poder duro y blando se puede encontrar en el interesante libro de Joseph Nye, *Soft Power. The Means to Success in World Politics*, Nueva York, Public Affairs, 2004.

<sup>4</sup> Véase *ibid.*, capítulo 1.

<sup>5</sup> *Ibid.*, capítulo 2.

mexicanos en lugar de rusos o alemanes como vecinos?”<sup>6</sup> Con el tiempo, la posición ventajosa de lo que A. K. Henrikson llamó la *Ínsula Fortunata*, en referencia a Estados Unidos, se haría más evidente.<sup>7</sup>

Permítaseme argumentar que el fundamento que opera en la acción racional de Washington de intervenir en un país en contra de un suborden se encuentra también en el sentido estadounidense histórico de misión con miras a la defensa, las más de las veces mesiánica, de un destino: aquél de hacer del mundo un espacio seguro en donde se puedan sentar las nuevas condiciones necesarias para alcanzar un despliegue moderno del poder en los asuntos mundiales. La intervención no sólo era concebida como un instrumento internacional legítimo de política exterior al cual Washington podía acudir a condición de que el marco normativo internacional lo permitiera, sino que también se realizaba para satisfacer la necesidad de Estados Unidos de afirmar su vocación teológica y su singularidad mesiánica oficializando su condición excepcional como nación y como poder global.

La intolerancia —expresión del protestantismo más conservador y componente de la nueva religión civil en Estados Unidos, agente fundacional característico de su condición sociopolítica— es el factor que desde muy temprana edad jugaría en ese país un papel protagónico en los acontecimientos por venir; se trata también de un maniqueísmo extremo a través del cual esta concepción del mundo explica los eventos históricos y a los actores sociales y políticos. Este tratamiento se haría en nombre de una abstracción concreta: “la defensa de la libertad” contra toda aquella amenaza que atentara contra este proyecto. En

---

<sup>6</sup> Colin S. Gray, *The Geopolitics of the Nuclear Era: Heartlands, Rimlands and the Technological Revolution*, Nueva York, Crane Russak & Co., 1977, p. 1.

<sup>7</sup> Sobre este término de Henrikson véase Geoffrey Parker, *Western Geopolitical Thought in the Twentieth Century*, Londres, Croom Helm, 1985, p. 138.

este sentido destaca la retórica libertaria que Condolezza Rice externó después de los ataques del 11 de septiembre de 2001:

Un terremoto de la magnitud del 11 de septiembre puede desplazar las placas tectónicas de la política internacional. Estados Unidos debe moverse para aprovechar estas nuevas oportunidades. Se trata de un periodo similar al de 1945-1947, cuando el liderazgo estadounidense expandió los Estados libres democráticos, para crear un balance de poder que favoreciera la libertad.

Todos estos componentes existen en el discurso oficial estadounidense y hasta en el de algunos intelectuales, políticos o escritores, que incluso en los tiempos modernos refleja, aparte de un maniqueísmo político, una concepción etnocentrista de la sociedad y la política que va a tener una repercusión negativa en el proceder, las percepciones y la política externa de Estados Unidos casi universalmente. Y todo en aras de velar exclusivamente por la integridad “eterna” de la Ínsula Fortunata.

Con el siglo XXI se acrecentó un proceso de internacionalización de la política interior por medio de un proceso de transnacionalización del poder, pero sobre todo en el contexto de un clima político-cultural en el que se impone la razón última del gran poder como consecuencia de un proceso que Toynbee denomina “anarquía por tratado”.<sup>8</sup> En esta lógica, se puede sugerir que, para que esta circularidad de dominación rinda los frutos prometidos en el más alto nivel de la globalidad, la *Pax Americana* requiere organizaciones o eventos que promuevan la “inestabilidad” con miras a un mayor involucramiento en asuntos mundiales, donde la necesidad de estabilidad, dada la amenaza a la misma, sea la que demande este concurso.

---

<sup>8</sup> Arnold J. Toynbee, “Anarchy by Treaty 1648-1967”, en Fred L. Israel (ed.), *Major Peace Treaties of Modern History 1648-1967*, vol. 1, Nueva York y Londres, Chelsea House Publishers, pp. xiii-xxix.

El sistema democrático estadounidense, ciertamente admirable y fuente de inspiración de muchas democracias latinoamericanas y del resto del mundo, ha quedado expuesto una vez más a una crisis de consenso local y global no conocida desde la guerra de Viet Nam y el escándalo de Watergate; se trata de la hoy llamada sociedad 50/50 en alusión a la polarización de la opinión pública estadounidense frente al conflicto en Iraq, misma que se reflejó en plena coyuntura electoral en Estados Unidos.

### **La reivindicación republicana**

El giro guerrerista experimentado por la política exterior estadounidense, su cruzada irreductible en defensa de las causas ajenas, el anticuado —aunque vigente— tono misionero al estilo de Wilson y el sesgo que tendría hacia un conservadurismo radical, son aspectos que presionaron a los actores políticos y a los electores en las pasadas elecciones presidenciales de 2004; y es muy probable que esto dé a George W. Bush, independientemente de sus llamados a la reconciliación, la oportunidad de prolongar su tentación unilateralista reiteradamente, en un mundo cada vez más frágil y expuesto a los vaivenes del ejercicio hegemónico del poder que realiza Washington, el cual, antes de ordenar su casa, pretendería ordenar las ajenas. Al respecto Richard Barnet apunta que el calvinismo obliga a la gente a enfrentar la pregunta: “¿Quién será el sheriff? ¿Quién creará el orden en un mundo ingobernable?” Y él mismo proporciona la respuesta: “Aquellos cuya virtud ha sido certificada por el éxito mundial”.<sup>9</sup> Y hacia allá parece apuntar la segun-

---

<sup>9</sup> Véase Enrico Augelli y Craig Murphy, *America's Quest for Supremacy and the Third World: A Gramscian Analysis*, Londres, Pinter Publishers, 1988, pp. 63-64, y R. Barnet, *Roots of War*, Baltimore, Penguin, 1972, p. 70.

da administración de Bush que, en alguna medida, deberá sus posibilidades de éxito o fracaso a las bases impuestas en su primer periodo.<sup>10</sup>

La implementación de un sistema democrático tanto en Iraq como en Afganistán no ha demostrado tener el éxito que se esperaba: no hay claridad sobre el plan de mediano plazo para coadyuvar a la implementación de una verdadera transición democrática ni existen condiciones para su constitución en el largo plazo. Dada la escalada de lo que parece convertirse en una guerra civil en Iraq, se percibe en una magnitud cada vez más preocupante lo que podría convertirse en el mayor fracaso, intervención militar y violaciones a los derechos humanos de por medio, en la historia de la política exterior de Estados Unidos desde el intento de invasión de Bahía de Cochinos y la guerra de Viet Nam. Ésta puede ser muy bien la última guerra de la que Estados Unidos no salga victorioso, en razón de que su poder ya no daría —paradójicamente— para otras más.

Si bien la estrategia de recuperar los índices en el nivel de vida de los estadounidenses era en teoría la que mejores resultados electorales podía ofrecer a republicanos y demócratas, lo cierto es que la realidad posterior al *11 de septiembre* y el fortalecimiento del gobierno de George W. Bush, todo lo cual fue sin duda dilucidado por Karl Rove, principal cerebro de la estrategia de Bush, se encargaron de dejar en claro que, por lo pronto, fueron la seguridad, la defensa de los valores tradicionales y en consecuencia una política exterior *securitizada* y con un carácter aún más mesiánico, los temas que dominaron el clima elec-

---

<sup>10</sup> Es interesante observar, a raíz de sus recientes coqueteos con la Unión Europea, cómo el gobierno de Bush estaría queriendo ablandar su política exterior unilateralista en este segundo periodo de gobierno. Está por verse si Washington puede superar los impedimentos estructurales que él mismo se impuso en los últimos cuatro años para lograr esto; también está por verse si los aliados europeos de Estados Unidos superan el obvio escepticismo que tienen debido a la obsesión unilateralista estadounidense mostrada en este periodo.

toral, así como, presumiblemente, las mentes de los estadounidenses.

En el proceso electoral de 2004, el Partido Demócrata radicalizó su postura política en cuanto a expresar que lo que se debatía en las elecciones era en realidad el destino de corto plazo de Estados Unidos, en circunstancias sumamente complicadas para un gobierno atribulado por un conflicto militar mal planteado y por una economía que no le era funcional a la mayoría. En esa ocasión, los demócratas propusieron una política de mayor unidad sobre la polarización, no sin recurrir a un discurso en el que también reivindicaban detentar los mejores atributos de la “nación originaria” (un rasgo mesiánico en el discurso, nada divergente en el seno del establecimiento político estadounidense), cuya “misión eterna” es formar una nación unida con mayores oportunidades para todos.<sup>11</sup>

Los republicanos consolidaron su postura y regresan, reivindicando, en abierta arenga a toda la sociedad estadounidense, los valores primigenios, los valores más conservadores que caracterizan a Estados Unidos y que hoy parecen despertar con gran impulso. Presenciamos el regreso a convicciones nativistas que en el pasado supusieron un grado de aislacionismo de este país con respecto del resto del mundo. La reciente ley migratoria aprobada hace unas semanas por el Legislativo, restriccionista hasta el exceso, parece demostrar lo anterior. Ésta es una de las secuelas de los ataques del 11 de septiembre, los cuales, vistos en el marco de la articulación y rescate de este discurso conservador, replegaron a los estadounidenses, quienes hoy parecen cuestionar algunos principios liberales y libertarios que le dieron sentido originario a su democracia.

Este conservadurismo revivido, provisto de un nacionalismo exacerbado en el que el *americanismo* es de nueva cuenta

---

<sup>11</sup> J. L. Valdés Ugalde, “¿Triunfo demócrata en EU?”, *El Universal*, 5 de agosto de 2004.

emplazado como toda una ideología: (“somos americanos primero, después y siempre”, *Bush dixit*) impactó el sentido de la elección, lo que favoreció notoriamente al presidente Bush. La guerra secuestró a la democracia y, ante la agresiva política del gobierno, el senador Kerry no vio otro camino que acercarse lo más posible y vacilantemente a las posiciones extremas de Bush; todo con la falsa ilusión de acercarse a la sociedad.

Por si el resurgimiento del neoimperio a expensas de la república democrática no hubiera sido suficiente, en la reciente campaña política Estados Unidos condenó al olvido la existencia de otros mundos, como América Latina. Este nuevo momento de aislamiento podría perdurar si la campaña de acercamiento de la secretaria de Estado con sus aliados tradicionales no tiene el éxito esperado.

Así las cosas, ganó el hombre fuerte, o al menos aquel que los estadounidenses percibieron como tal. El senador demócrata John F. Kerry concedió la derrota frente al presidente George W. Bush quien, al conquistar finalmente el estado de Ohio, logró ganar en forma sorpresiva tanto el voto popular con 60 693 281 de votos, como el del Colegio Electoral con 286 votos. Hoy en día, el pupilo preferido de Karl Rove gobierna ya Estados Unidos y el mundo por cuatro años más.<sup>12</sup>

Entre las muchas razones por las cuales el senador Kerry no fue presidente, hay una que considero relevante. Se trata del artilugio utilizado exitosamente en el pasado de la política de Estados Unidos, e implantado esta vez asimismo de manera exitosa por los republicanos: la extensión del neoimperio esta-

---

<sup>12</sup> Los republicanos retomaron el Congreso con 55 asientos en el Senado y 232 en la Cámara de Representantes. Asimismo, las encuestas de salida señalaron que 22% de los electores votaron por los valores morales frente a 20% por la economía, y 19% por el terrorismo. Finalmente, los latinos votaron en un 44% por Bush, subiendo nueve puntos desde las pasadas elecciones en el año 2000. Con información de CNN, *Washington Post*, *Newsweek* y *USA Today*.

dunidense es viable sólo por medio de la obtención de cotos privados y una suerte de evangelismo a través de la conversión al *american way*, al cual ciertamente pertenece un buen número de estadounidenses (la mayoría), que aquel día, asistiendo a votar en forma copiosa (60%), dieron a Bush su voto y apoyaron su cruzada teológica.

Ciertamente, estos principios fueron de nueva cuenta aplicados en forma impecable durante la campaña y le resultaron sumamente útiles a Bush para lograr un doble objetivo: vencer a los estadounidenses de que la seguridad y la guerra contra el terrorismo eran los dos pilares programáticos centrales; de aquí que se haya impuesto en la campaña la política del miedo y, de pasada, una postura intolerante contra todo aquello que se atreviera a amenazar la seguridad de Estados Unidos.

El segundo objetivo logrado fue obligar a Kerry a radicalizar su discurso en favor del uso de la fuerza en Iraq y de defensa a ultranza de la seguridad, como ejes de su plataforma de política exterior. El Partido Demócrata se vio obligado a asumir también, por sobre temas domésticos de la máxima importancia, los tópicos de seguridad impuestos por la agenda de Bush, y convertirlos en prioridades propias; para decepción de sus seguidores tradicionales, rebajó su oferta electoral.

El senador Kerry no sólo se desplazó hacia las posiciones más conservadoras de Bush —principios religiosos incluidos— sino que dejó de tener una política estratégica propia sobre estos temas, es decir, dejó de tener política propia; y de esta zona electoral explosiva no pudo, por más que lo intentó, apartarse.

En consecuencia, la agenda política de Bush era ya también la agenda de una sociedad dividida, que no tuvo el arresto de dejar solo a un presidente en una época peligrosa. De ahí la obligación de votar, algunos ciertamente con reticencia, por el candidato que mejor les garantizaba un ejercicio de la fuerza

tan necesario como deseado entre la mayoría de votantes en Estados Unidos.

En efecto, se desbarató un paradigma si consideramos que los estadounidenses no votaron, por primera vez en mucho tiempo, por el bienestar económico sino por más seguridad y en favor de una más agresiva guerra contra el terrorismo. Así las cosas, quienes pensaban que este horizonte de *securitización* de la política exterior podría cambiar y que Bush se desplazaría hacia el centro moderado en política exterior, parece que tendrán que esperar un poco más de tiempo. La salida de Colin Powell de la titularidad del departamento de Estado y su sustitución por la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, abren un buen espacio para que las posiciones más rígidas del gabinete de política exterior impongan sus reales en los años venideros.

De hecho, se puede decir que esta largamente anunciada renuncia significa el fin de la posibilidad de que sea la medida la que prevalezca en las decisiones que se tomarán en la política internacional de Washington y retome el control el núcleo duro agrupado alrededor del proyecto neoconservador. Rice, a quien se le reconoce por haberse ganado la simpatía de Bush desde la gubernatura de Texas, es la representante que faltaba para hacer que el gabinete de política exterior hablara con una sola voz, es decir, la voz del presidente mismo.

En efecto, se tratará de una voz con todo el poder burocrático del aparato diplomático estadounidense —lo cual no impedirá que siga confrontada con el Pentágono— para dar la continuidad necesaria a la actual política internacional y una base programática para asegurar más años en la línea del “poder duro” (a menos que en los hechos se pueda demostrar lo contrario) y lograr así el amarre de los éxitos que Bush se ha propuesto desde siempre y que prometió a los estadounidenses en su cruzada global contra las calamidades que se gestaron para Washing-

ton desde el 11 de septiembre de 2001. Y no se ve de otra manera, muy a pesar del ablandamiento relativo mostrado en los inicios de su segundo periodo.

En todo caso, es seguro que Rice traerá al gobierno una mayor cohesión en la formulación de la política exterior de Bush; igualmente habrá continuidad, ya que su presencia en la primera línea del gabinete garantiza también la prevalencia del pensamiento único en la visión del mundo de la Casa Blanca. Asimismo, es probable que no dé mucho margen de auto-crítica al gobierno de Washington y que esto suponga todavía más que el empeño del gobierno por llevar hasta sus últimas consecuencias su proyecto mundial. Ésta parece ser la tónica en el reciente viaje realizado por Rice y Bush a Europa, en el cual se propone a los países de la Unión Europea que se rediscuta el multilateralismo desde la noción unilateralista que Washington tiene de éste, todo lo cual ha sido recibido por los europeos con una combinación de resignación y desagrado, y tal parece que no se prestará necesariamente a la recuperación de la confianza con miras al restablecimiento de la normalidad en las relaciones en el marco de la Alianza Atlántica.

### **Estado de seguridad endémico**

Lo anterior se refleja también en los recientes nombramientos confirmados por el Poder Legislativo estadounidense. Es de estimar que al menos Rice, como secretaria de Estado, y Alberto R. Gonzales, como secretario de Justicia, nombramientos inéditos en la política de Estados Unidos, signifiquen exactamente lo contrario de lo que el discurso oficial ha querido mostrar, y no conduzcan a favorecer los intereses étnicos, de grupo o binacionales, que en teoría representan los dos nuevos funcionarios. Es previsible que en el trasfondo de los nombramientos de

Rice y Gonzales exista un alto grado de oportunismo al simular una atención a las minorías raciales a las que ambos pertenecen y una relación con México distinta de la prevaleciente hasta hoy.

Si bien es cierto que Rice y Gonzales, en mayor o menor medida, son expresión de la cultura del esfuerzo que premia con el cumplimiento del “sueño americano” a todo aquel que se empeña lo suficiente en alcanzarlo, los dos son representantes de posiciones intransigentes al interior del gobierno, además de mantener una incondicional cercanía con los postulados ideológicos de Bush. Es decir, uno y otro han demostrado, en el desempeño de sus funciones, contar con méritos ideológicos para ocupar las posiciones para las que han sido designados. En este sentido, dichos nombramientos estarían lejos de implicar un beneficio específico a un *lobby* o grupo étnico y sí muy cerca de ser ambos la oportunidad de Bush de matar dos pájaros de un tiro: simular el hecho de favorecer los intereses de grupos étnicos minoritarios y apuntalar con estas representaciones el consabido conservadurismo oficial, lanzando de paso mensajes engañosos a sus comunidades y al gobierno mexicano.

De hecho, la confirmación de Donald Rumsfeld como secretario de Defensa, el nombramiento de John Negroponte como director nacional de Inteligencia, el de Paul Wolfowitz como presidente del Banco Mundial y el de John Bolton como embajador ante la ONU, hablan de la reticencia de Bush —desde una dureza inconmovible— a reconocer los errores de su política exterior y asegura una tendencia histórica estadounidense en tiempos de crisis e inestabilidad mundial: a saber, la consabida preponderancia del Pentágono y de los representantes más duros de la estrategia de seguridad nacional en el diseño de la política exterior con un fuerte énfasis en la política de defensa como eje articulador. La continuidad de Rumsfeld en el Pentágono y de esta línea de política exterior indica que Bush, lejos

de incluir en el gobierno otra participación partidista que no sea la de su círculo íntimo, ha escogido profundizar en el estilo que más simpatía tiene entre sus bases conservadoras. Parece claro que éstas son señales inequívocas sobre la orientación de su gobierno.

También se confirma la continuación de la estrategia en Iraq y se fulminan las especulaciones sobre el carácter menos agresivo, unilateral y arrogante de la política internacional de Washington en los próximos cuatro años. Habrá que esperar, para valorar en forma diferente los hechos, hasta que Estados Unidos realice en la práctica una verdadera autocrítica de su gestión mundial.

En todo caso, el hecho de que el poder de Estados Unidos sea la expresión de un militarismo enraizado en un Estado autocrático es asimismo la medida de su propia crisis latente, que hoy estremece su política interna e internacional. Además de reforzar la ya señalada preeminencia del Pentágono sobre otras ramas del gobierno en la conducción de la política exterior, se evidencia la voluntad de Bush de llevar sus políticas en forma secreta, por encima de los otros poderes, de la Constitución y, de pasada, de la legalidad internacional.

Hemos estado en los últimos cuatro años ante la expresión de un virtual estado de seguridad cimentado en el poderío militar.<sup>13</sup> Esto constituye un precedente inédito en la política exterior moderna de Estados Unidos en tiempos de paz. También refleja la emergencia de una nueva narrativa del poder hegemónico estadounidense en la escena mundial, cuyo eje central se halla en la reivindicación del carácter épico de la historia

---

<sup>13</sup> Confirma lo anterior la alineación de los pilares de ese Estado paralelo que Rumsfeld constituyó al impulsar la creación de un cuerpo independiente de espionaje militar de élite, que opera en secreto desde hace más de 24 meses y que sustituye a los cuerpos de inteligencia de la CIA, la denominada Rama de Apoyo Estratégico (RAE).

estadunidense como agente medular del acontecer histórico. Todo sucede en los linderos mismos del entorno constitucional de Estados Unidos y nos remite a un concepto célebre, aunque no de tan alegre memoria, de Henry Kissinger: “Lo ilegal lo hacemos de inmediato; lo inconstitucional nos toma un poco más de tiempo”.<sup>14</sup> Así las cosas, la reconfiguración del poder estadounidense, con representantes de minorías incluidos por primera vez en altas posiciones de gobierno, está apostando a culminar una misión emprendida años atrás por un grupo compacto encabezado por Bush y que podría tender a la marginación de los intereses más caros de estas minorías.

## La relación con México

Si bien puede ser aún prematuro fijar los escenarios de largo plazo en política interna y externa que presentará la reconfiguración del gabinete del segundo gobierno de George W. Bush, vale la pena examinar la probable continuación de un gobierno que afiance las posiciones que los neoconservadores alcanzaron en los últimos cuatro años, aunque esté ahora tratando de matizar la parte más dura de su discurso. Podemos plantearnos la factibilidad de que Bush no apueste por una modernización de la política y sí acentúe algunas de las posiciones más aislacionistas que Estados Unidos haya emprendido en las últimas cinco décadas. Tanto los Estados aliados de la Unión Europea, como los países latinoamericanos, entre otros, verán pasar los meses, y quizás los años, sin que muchas de sus propuestas

---

<sup>14</sup> Consideremos que Kissinger es al tiempo una institución en seguridad nacional y uno de los puntales de todo un equipo en el tema que tiene en Rice, entre otros, a uno de sus subproductos más representativos. Véase David J. Rothkopf, “Inside the Committee that runs the World”, en *Foreign Policy*, marzo-abril, 2005.

centrales a Estados Unidos se vean satisfechas plenamente. Así las cosas, la profecía se vería cumplida y las sociedades que estos gobiernos representan quizá tenían razón cuando juzgaron, antes del 2 de noviembre, que lo peor que le podía pasar al mundo era que George W. Bush fuera reelecto. No obstante, es probable que Estados Unidos tenga que ponerle atención a asuntos emergentes que no eran ni de su estima ni prioritarios en su agenda de expansión de la doctrina de política preventiva, columna vertebral de su política exterior en este segundo periodo de gobierno.

¿Qué significa que otros actores, como los países sudamericanos, en el marco de la Tercera Cumbre Presidencial Sudamericana (CPS), celebrada en Cuzco, el 8 de diciembre de 2004, se movilicen aprovechando este momento de transición en Estados Unidos, pero también de aparente desinterés de Washington hacia sus planes e intenciones de integración regional? Por lo demás, y ante una situación de parálisis en los proyectos de cohesión latinoamericana, ¿se trata de una casualidad que dos actores latinoamericanos importantes, como México y Chile, pretendan acceder a la Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos (OEA), o que Brasil haya empezado a buscar un sitio no permanente en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU)? ¿A qué aspiran nuestros gobiernos al pretender ponerse a la vanguardia de empeños institucionales o regionales que en el marco de la globalización están dominados fundamentalmente por Washington? Resulta pertinente recordar que el Consejo de Seguridad de la ONU y la OEA misma, que han demostrado ser condominios de corta vida, incorporan viejas normas que facilitan la expansión de las fuerzas económicas, políticas y sociales dominantes y que, al día de hoy, aún conservan las siguientes características: a) encarnan las reglas que facilitan la expansión de órdenes mundiales hegemónicos; b) son en sí mismas el pro-

ducto de este orden mundial; c) ideológicamente legitiman las normas del orden mundial; d) cooptan a las élites de los países periféricos, y e) absorben las ideas contrahegemónicas. ¿Es a esto a lo que Latinoamérica aspira a través de las dos distinguidas candidaturas mencionadas líneas arriba, o bien se ha propuesto transformar estas instancias del orden regional y mundial?<sup>15</sup>

Por lo demás, son varias las limitaciones que México encontrará en los meses por venir para que Washington se sienta a negociar seriamente temas de la más alta importancia como el de la total o parcial legalización de los trabajadores migratorios indocumentados. Entre ellas encontramos la naturaleza del triunfo de George W. Bush y la calidad del respaldo social que recibió, que conlleva un elemento de presión política que no podrá ignorar, así como la recomposición del gabinete del presidente reelecto.

Con relación a lo primero hay que decir que el holgado triunfo de Bush le da margen para posicionarse en el espectro político como mejor le acomode en el corto y largo plazo. Su principal bandera de campaña y columna vertebral de su triunfo: las dos guerras, la de Iraq y aquella emprendida en contra del terrorismo internacional, representan al mismo tiempo una oportunidad inicial para acabar lo más pronto posible con estas amenazas a la seguridad de Washington.

Así, en este periodo postelectoral que da comienzo en Estados Unidos, una nueva etapa de globalización de la política doméstica y de provincialismo de la política exterior tomará lugar en ese país, todo lo cual sucede con la misma jactancia ya cono-

---

<sup>15</sup> Circunstancialmente, hay que recordar las contrariedades que las iniciativas de integración regional han demostrado tener en el contexto de la supremacía y/o el desprecio de Washington y de instituciones regionales o internacionales disfuncionales; máxime cuando esto se pretende emprender en forma de bloque con apariencia de unidad.

cida en Bush. En efecto, dado el peso de la política interna y la importancia que tiene para los neoconservadores reafirmar sus posiciones en el debate político y en la agenda nacional, resultaría iluso pensar que en su segundo periodo el presidente Bush estará preparado para ofrecer a México, en el corto plazo, condiciones para consolidar sus propuestas de regularización amplia de la migración indocumentada o alcanzar un TLCAN plus.

Y vaya que comenzó ávidamente el segundo periodo del presidente Bush con tres actuaciones que podrían definir el clima general del futuro de las relaciones entre ambos países.

*Primero*, la aprobación —con 56% de los votos— de la propuesta 200 en Arizona, que prohíbe a indocumentados recibir servicios que brinda el Estado; obliga a la población a denunciarlos, e incrementa los requisitos para acreditar la nacionalidad en Arizona.

*Segundo*, la aprobación en la Cámara de Representantes, con el apoyo de Bush y del vicepresidente Cheney, de la iniciativa que prohíbe a inmigrantes indocumentados obtener licencias de conducir, endurece el otorgamiento de asilo político y ordena completar la construcción de un muro entre San Diego y Tijuana.

Y, *tercero*, los comunicados del embajador Antonio Garza, advirtiendo sobre la seguridad de sus ciudadanos y la preocupación por la creciente narcoviolencia en la frontera. Aunado a esto, Porter Goss, director de la CIA, afirma en su testimonio, frente al Comité de Inteligencia del Senado, que la campaña presidencial en México en 2006 será un punto potencial de conflicto, puesto que probablemente paralizará el progreso en las reformas fiscal, laboral y energética, con la posibilidad del arribo de un gobierno de izquierda, de características populistas y nacionalistas.

Si algún desplazamiento de la Casa Blanca hacia el centro moderado en estos temas ocurriera y Washington aceptara ne-

gociar diversos temas de la agenda multilateral con sus socios y aliados de otras partes del mundo, esto sucederá sólo una vez que el gobierno de Estados Unidos haya amarrado sus triunfos en política exterior (que centra su atención principalmente en hacer triunfar su estrategia en Iraq y, a la larga, el Medio Oriente y otros casos críticos como Irán y Corea del Norte) y superado su crisis interna, liberando así las presiones que provocaron que ese país se encerrara en sí mismo y de pasada se radicalizara a la derecha en forma pronunciada desde hace cuatro años.

En consecuencia, la vulnerabilidad de México, si no logramos leer correctamente los signos del cambio en Washington y empujar los pendientes bilaterales en forma gradual, se podría exacerbar todavía más. Ni hay que apostar de nuevo ilusamente al intercambio “seguridad por migración”, ni tampoco a que Bush ahora sí querrá aceptar todos los términos que México ha intentado imponer en la agenda pendiente; esto significaría arriesgar que la agenda bilateral siga politizándose sin remedio y desprofesionalizándose aún más. Así pues, en este contexto de conservadurismo creciente, el panorama para América Latina y México no parece prometedor, y muchos de los temas abandonados en los últimos cuatro años por Estados Unidos serán difíciles de resucitar en el actual escenario postelectoral.